

Otago, bronze, 1990, 18 x 43.5 x 14 cm.

Los senderos de la creación

Francis Ponge

Traducción: Jorge Fernández Granados

Con la ayuda del Littré, como con frecuencia lo ha hecho, Francis Ponge expone en la introducción de La fabrique du pré –un texto editado por Alberto Skira en 1971– el significado que para él, “un profesional de la desmitificación a ultranza”, tiene el título de la colección a la que pertenece el libro.

De la mínima partícula gramatical asciende el autor hasta la fricción de las palabras con las cosas. Paso a paso descubre las posibilidades del lenguaje que intenta no sólo “expresar algo” sino “obtener algo”. Recorrido minucioso que hilvana el trazo material, los tanteos y ajustes sucesivos y culmina en la creación de una forma. Búsqueda de la perfección que es también esbozo de la poética personal de Ponge.

20 de mayo, 1970

Si fuera necesario una vez más —y porque estas cuestiones y el género literario que suscitan hoy están *de moda*— poner sobre la mesa las etapas sucesivas de mi *trabajo* con la escritura, a propósito de tal o cual emoción que me llevó originalmente a esta actividad, escogería mostrar mis notas *sobre el prado*.

Les Vergers, 23 de marzo, 1970

Los: artículos plural del latín *ille, illi, illos*.

senderos: plural de *sendero*, del latín *semitarius*, relativo a una senda (sendero sería, entonces, originalmente un adjetivo). *Senda* proviene del latín *semita*, que podría haber venido del árabe (es decir, del semítico) *samata semt*, vía, camino (¿a los semitas se les llamaría entonces así porque son nómadas?) (Littré, t. IV, p. 1896 y 1897)¹. Acerca de *senda*, el primer ejemplo citado por Littré es del siglo XII (Rois); de *sendero*, del siglo XI (Canción de Rolando).

Definición de *senda*: sinónimo popular de *sendero* (cuya definición es *camino angosto en el campo o en el bosque que sólo sirve a los peatones*). Habría, pues, *a priori* la idea, el lugar común, de un *camino angosto*, de una *entrada restringida*. Los senderos de la creación, decimos, y ¿por qué no las avenidas?

de:

la:

creación: no me gusta mucho esta palabra, porque según Demócrito y Epicuro, nada es creado de la nada en la naturaleza (es decir, nada ha sido creado). Nada es creado de la nada, y es evidente que las obras literarias lo son a partir de letras y palabras y signos de puntuación, etcétera (por simple permutación de lo que Lucrecio llama *elementaria*).

Proviene del latín *creationem*, de *creare*, del sánscrito *kri*, hacer.
Crear: “acción de inventar, de fundar, de producir, de asignar un fin (práctico)” (Littré, t. I, p. 887)

30 de marzo, 1970

I

(Durante el mes de agosto de 1960), 30 años después, nos encontramos una vez más en esta región de Francia que siempre ha sido uno de nuestros lugares preferidos: la parte alta de Vivarais, donde el Lignon, impropriamente llamado Vellave por nacer en el macizo de Mezenc, comienza a descender hacia el alto Loire (bañando sucesivamente Faÿ, Mars, Le Chambon, Tence) antes de confluir con él, no lejos de Monistrol.

30 de marzo, 1970

II

Por

Los senderos de la creación

Partimos.

Los senderos de la creación, evidentemente, son las líneas de la escritura.

No hay ruta ya trazada; hay que atravesar el campo.

Tomo el camino que nos reunirá.

Tomo el camino de crear, sea lo que sea.

“El camino está abierto aún al arrepentimiento” (Racine, *Bajazet*)

¿Qué caminos tomaremos sino aquellos que nos abre nuestra pluma (nuestra escritura)?

¿Qué caminos, entonces, podremos tomar sino aquellos que nos abre (descubre) la escritura?

No nos *andaremos con rodeos*² (con desviaciones y miramientos).

No me *andaré con rodeos* para explicar mi método creativo.

No sería agradable *tropezarse con uno mismo* (y contradecirnos).

La “creación” (como la llaman) nos permitirá ver bien el camino.

30 de marzo, 1970

III

Tomar el camino más largo.

Ser un ejemplo a seguir. Estar fascinado de ser un ejemplo a seguir por los demás (Sévigné).

No dormirse en sus laureles. No detenerse a la mitad del camino (a medio camino).

Seguir siempre el propio camino

(ir con los pasos contados).

Camino trillado, abierto.

Los grandes caminos.

Encontrar su verdadero camino, habla de una cosa que se cumple sin dificultad.

Semejantes tratados encontraban su verdadero camino (La Fontaine).

Viejo como un camino.

Atajo (camino que se desvía del camino principal).

Camino de sirga.

Camino de ronda.

Camino cubierto (protegido, a lo largo de las zanjas de una plaza).

30 de marzo, 1970

IV

Abrirse paso.

Sus encantos le abrieron paso en el corazón del rey (Hamilton) (ganar terreno).

De paso (durante el trayecto)

—sin embargo, platicamos de paso.

Llevar camino andado (tener ventaja).

Hacer más corto el camino, distraerse con algo durante la marcha.

Hablaban de todo y nada para hacer más corto el camino.

Terminaron hablando de lo que llaman la virtud secreta de algunas palabras... (La Fontaine, Oración)

Aquel hombre se abrirá camino.

30 de marzo, 1970

V

“La fe es el camino a la inteligencia”

(Bossuet, citado por Littré).

Así, podríamos decir: la sensibilidad es el camino a la creación (es uno de los caminos a la creación)

o el amor por las palabras es el camino a la creación literaria, poética,

es decir, también, el camino a la autocreación.

31 de marzo, 1970

I

No hay duda, según mi experiencia, de que el amor a las palabras (o sea la referencia reverente a ellas), la visión tradicionalmente humana y (atrevámonos a decirlo) *nacional* de las cosas (es necesario explicar que esto sea el amor a las palabras), es el camino a la creación (quiero decir, la expresión sin trampa de una sensibilidad personal, no solamente la manufactura de objetos de esparcimiento, de gozo para el gusto común de los usuarios de la lengua, sino la autocreación del individuo mismo en su similitud y diferencia con sus semejantes)

la consolidación / la confirmación

la justificación / la satisfacción

(la *felicidad*, en el sentido epicúreo del término)

31 de marzo, 1970

II

“¿Los senderos de la creación?” ¡Andale, cómo no! (Notemos, ya aquí, un pleonasma: ya que *senderos*, implica *andar*). Estos senderos, cuáles podrían ser sino aquellos que comienza a abrirnos, a esclarecernos nuestra pluma; aquéllos de nuestra *escritura*. Y será necesario que sean aquellos que *ella* pueda seguir, tomar —antiguamente se decía aquellos que puedan *atrapar* nuestra *lectura*.

Pero, ¿para qué *escribir*? Para producir (dejar) una huella (*material*), para *materializar* mi paso, a fin de que pueda ser seguido de nuevo, una segunda vez. ¿Cómo puedo escribir? Con las palabras. ¿Qué palabras?

Aquellas que, de golpe, mi audacia *me dicte*, me incite a trazar, a escribir, y que mis escrúpulos *me permitan* escribir, trazar.

¿De qué está hecha esa audacia? (primer punto)

¿Cuáles son esos escrúpulos? (segundo punto)

Esa *audacia* es mi subjetividad (aquí se insiste en el *sub*: lo que brota del fondo, debajo de mí, del interior de mi cuerpo) y sobre la *jetividad*³ (que forma parte de subjetividad): se trata de un *lanzamiento*, de una *proyección*, de *projectiles*.

En cuanto a los escrúpulos: son las piedras, los escollos, las dificultades, los obstáculos puestos frente a mí (frente a mi *proyección*, frente a mis *projectiles*) por mi propia lectura de esas mismas palabras, consideradas ahora como *obstáculos* a mi audacia, en la medida en que ella quiere ser *comunicativa*. Esos escrúpulos, en fin (finalmente), son las mismas palabras (ya no lanzadas por mí, trazadas, escritas por mí, sino *leídas* por mí, como obstáculos en mi camino). En suma, un camino hecho de obstáculos, de puertas sucesivas. Qué curioso que las puertas sean necesarias a cada instante en este camino (en este andar). Además, es necesario que las palabras sean tales que, puestas por mí, frente a mí, ellas *se abran a sí mismas* como puertas (que cuenten con el ojo electrónico que permita que a mi paso, *con la sola intención de mi paso*, se abran).
—¡He ahí la dificultad!

—¿Cuál dificultad?

No hay de qué sorprenderse, ya que al fin el trazo de esas palabras es también su *manera* de andar, de caminar (su trazado, es decir, su *pronunciación* por medio de la pluma, su *articulación*). Así, son a la vez puertas, llaves y cerraduras.

—¡Dale con lo mismo! De ahí no salimos.

—En efecto. La idea, la esperanza de *salir de ahí*, ¿no será, ella misma, una idea absurda? Todo no es más que re-inscripción, pero esto comporta una noción *activa* (en esto consiste la existencia).

21 de mayo, 1970

El hecho de la escritura (de la producción, de la creación textual, escritural) es la lectura de un texto del Mundo.

Que las cosas, tal como las distinguimos, como las reconocemos —y tal como *las amamos*—, que los fenómenos del mundo físico, del llamado mundo exterior, sean *de por sí* palabras, de ello no tengo ninguna duda.

No las amamos, no nos extasiamos frente a ellas sino en la medida en que las *re-conocemos*. El movimiento (la emoción) que se produce en nosotros (que ellas suscitan en nosotros) y que nos permite a la vez *re-conocerlas como semejantes a su nombre y conocerlas (con sorpresa)*, es decir, *descubrirlas como diferentes a su nombre*, nos hace, por consecuencia, desear *nombrarlas mejor*, y esto se “traduce”, de hecho, en *una atención reforzada a su nombre*, que consistirá simplemente en darle su sentido originario (o completo), con el fin de llevarlo de nuevo hacia su objeto, concebido en su verdadera densidad y diferencia: aquellas que lo caracterizaban cuando fue nombrado por primera vez, aquellas que provocaron la necesidad, el deseo de nombrarlo.

En suma, las cosas son, *a la vez, tanto palabras como cosas* y, recíprocamente, las palabras son, *a la vez, tanto cosas como palabras*. Es su copulación, que realiza la escritura (verdadera o perfecta), es el orgasmo que resulta de ella, lo que provoca nuestro júbilo.

Se trata de hacerlas *volver a entrar* a una en la otra: de ya no verlas *doble*: que las dos apariencias se confundan (con exactitud) (lo que se conoce *registro* en términos de impresión).

29 de mayo, 1970

Dicho de otra manera: si amamos las cosas es que las re-conocemos, quiero decir que las experimentamos a la vez como semejantes a lo que nuestra memoria había conservado de ellas (y que está incluido en su nombre) y como diferentes de esa noción simplificada y utilitaria (representada por su nombre, por la palabra que las designa).

Lo que nos hace *reconocer* a una cosa *como cosa* es precisar ente el sentimiento de que es *diferente* de su nombre, de la palabra que la designa, de la palabra que lleva su nombre, de la palabra de la cual está muy conmovida de aceptar llevar el nombre.

29 de mayo, 1970

A estas alturas —habiendo sido *ya* nombradas las cosas, las palabras que existen, una lengua (la nuestra) que existe—
¡Doy gracias a Dios!

Ya que *ello nos permite* experimentar tanta sorpresa y alegría a través de la vista, a través de la aprehensión sensible de las cosas mismas, percibidas tan diferentes de sus nombres.

Ahora, *a estas alturas*, ¿qué hacer? ¿Y cómo hacer?

Qué alegría *tener que expresar* esta diferencia, experimentar a cada momento esta evidencia verdadera, ¡la materialidad del mundo físico!

¿Cómo? Muchos estarán tentados a ignorar las palabras, a emplear pintura (o música).

Ese no será nuestro caso ni nuestra decisión (resolución).

29 de mayo, 1970

A estas alturas, si *amamos* las cosas es que las *reconocemos* a la vez como *responsables* (conmovedoramente) de sus nombres —y, no obstante, tan diferentes de sus nombres, tan distintas, mucho más vitales y ricas que sus nombres (que las palabras que las designan).

No obstante, no las conocemos —y reconocemos— sino gracias a sus nombres (y son de hecho también sus nombres los que nos permiten conocerlas como distintas y más vivas).

De estas dos constataciones, ¿qué resulta? *El brinco*, a un tiempo lógico e ilógico, *el salto está aquí*: que debemos amar también esos nombres, amarlos lo suficiente como tales para intentar de

nuevo hacerlos reencontrarse (cosas y nombres), coincidir las unas y los otros (cosas y nombres).

El amor a las palabras es de alguna manera necesario entonces para el gozo de las cosas.

O, mejor dicho, realizar el amor físico (el acoplamiento de nuevo) de las palabras y las cosas nos producirá satisfacción y regocijo. Y de esto sólo nosotros (nosotros, dotados de la palabra, capaces de la escritura), sólo nosotros somos *capaces*.

29 de mayo, 1970

¿Por qué, aunque estemos tentados a ello, no nos permitimos *ignorar* esos nombres, ignorar las palabras? ¿Por qué decidimos *preferirlos* a la pintura (por ejemplo) o a la música, o a cualquier otro *medio* de expresión?

Por el gusto de la dificultad, y también por el sentimiento (la intuición) de que la nominación es la clave de todo —y que si nos interesamos en la diferencia entre palabras y cosas es que en realidad ahí está lo que más nos importa, de que es *a nosotros* a quienes esta diferencia (la cuestión de esta diferencia) concierne, de que se trata, en suma, de *nosotros mismos*— y de nuestra propia existencia, de nuestra propia personalidad, de nuestra propia libertad, de nuestra propia justificación, de nuestro único *deber* (para con nosotros mismos como para con la sociedad, como para con el mundo entero, para con la naturaleza entera, para con la mecánica, el funcionamiento universal del cual formamos parte).

30 de mayo, 1970

La materialidad de la escritura, del grafismo, y no un grafismo individual (manuscrito, autógrafo), sino un grafismo común (caligrafía o tipografía): esto nos hace *amarla*, deseársela e —intelectualmente, después— considerarla importante (esencial).

Los bellos textos en una lengua muerta (por ejemplo, para nosotros, los textos latinos) nos interesan más aún cuanto que

existen como *escritura*, ya que no sabemos del todo cómo eran pronunciados. Porque su materialidad es evidente (inscripciones, grabados en la piedra o sobre cera, o en tablillas de barro, o tipográficamente, sobre las páginas de nuestros libros de texto).

Por otro lado, *ese mutismo* los asemeja también para nosotros a las cosas del mundo físico.

Sin embargo, son signos también, sin duda alguna, y en ellos *reconocemos* (en una cierta medida, con una cierta proporción) el parentesco (más o menos lejano) del espíritu de nuestros ancestros con nuestro propio espíritu, lo cual es también emocionante, enaltecedor (de un *profundo* interés).

El fenómeno esencial, primero, principal, original —del que todo deriva o derivaría— ¿no es el respectivo a *la especie* (la pluralidad de los individuos) en el tiempo (generaciones, regeneraciones) y en el espacio (comunicación, sociedades)?

Este hecho, este fenómeno, para ser comprendido por el espíritu ¿requiere intelectualmente de la abstracción generalizadora, de la noción y de la clasificación?

¿Por consiguiente, de la nominación?

El fenómeno de la pluralidad —de la incomprendible pluralidad de individuos en el espacio— ya más o menos lo he abarcado en varios textos (en varias ocasiones): *Ad Litem*, *La 45ª primavera*, *La lila*, *El albaricoque*, *Primeras notas del hombre*, *El plátano* (“No puedes guiarlos, pero emiten lo suficiente para una sola descendencia...”)

El número de posibles sacrificados cada primavera. La muerte de los padres necesaria para el nacimiento del hijo (considerado primero como *infans*, es decir, no dotado de palabra).

El fenómeno de la regeneración, de la perpetuación (La cabra) —la permanencia del tipo— y de la lengua [permanencia y evolución (semántica)]

(el servicio de la sangre azul)

el bosque de pinos las nociones cosmogónicas

el guijarro o esenciales, primordiales

que son

el prado constatémoslos, *todos plurales*

Las fases del individuo (en “El Sol”, el *nosotros*)

La estética del *encabalgamiento*

La verdad (o la belleza) que salta en ancas,
La película de ayer (Cousteau) de la boda de los calamares
(*El rally de los peces*, el universo concebido como una entre-
devoración (*ad litem*), lo trágico y lo jubiloso
El “nada se destruye, nada se crea” de los antiguos materialistas
(Epicuro)

El eterno retorno (Nietzsche), lo cíclico (*La sociedad del genio*)
(Borges)

La permanencia y la tenacidad (el barro)

El higo: la *santidad*, el carácter sagrado de las “maneras de ser”
que han hecho de la eternidad su prueba.

Este *carácter sagrado* (de las “maneras de ser” que ha hecho de la
eternidad, por su *perpetuidad*, su prueba), es también aquél (lo sa-
grado, el carácter que llamamos divino) de las nociones, de las abs-
tracciones, de las palabras (J. Paulhan: divinidad de la palabra).

No es completamente en este mismo sentido que Paulhan con-
cibe la *divinidad* de la palabra (la concibe así, creo:

1° la palabra es primigenia, anterior a todo

2° ella *contiene* y rinde cuenta del misterio, la contradicción, la no-
identidad, resuelve las antinomias —por el hecho de ser, a la vez,
interior y exterior.)

10 de julio, 1970

Tal vez uno no sueñe con *escribir*, es decir, aplace (hasta un senti-
do de perfección) su expresión verbal (a fin de darse el tiempo de
aproximarse a la perfección), hasta el momento en que se adquie-
re la convicción de que la expresión-verbal-de-primera-intención
es imperfecta.

El sentimiento de una especie de precariedad, o el de la *posibi-
lidad* de la perfección verbal, puede también empujarnos a *escri-
bir*: la idea que se arriesga a olvidar su formulación: la necesidad
(¿por vanidad?, no solamente) de fijarla (de inmediato).

Lo que dije más arriba vale para *toda* expresión verbal (no so-
lamente para la expresión con vistas a una producción literaria o
libresca; sino, por ejemplo, para un “informe” o para una “carta”
de negocios (o de amor), etcétera.

La anotación o la búsqueda de una especie de perfección en la expresión verbal me parecen las causas, las motivaciones posibles para recurrir a la escritura.

Es necesario entonces, antes que nada, que se tenga muy en cuenta el *qué-se-va-a-obtener* por medio de la palabra (y no solamente el *qué-se-va-a-expresar*)

(Pero nótese la expresión “¿Tiene algún deseo que expresar?” En este caso, es evidente que se trata de una expresión que tiene otra intención que la de puramente eyacular un sentimiento) (De una excesiva plenitud fisiológica)

11 de julio, 1970

Escribir para perfeccionar una palabra (práctica, útil) implica que uno no puede trabajar por esta perfección “a ciegas” (como se dice) o “de memoria”, o “mentalmente” (en el sentido de “cálculo mental”).

Sin embargo, hay que lograr que nadie sea incapaz de ello (escritores en prisión). Puedo imaginar claramente que ciertos espíritus (si no el mío) sean capaces de este tipo de hazaña. Pero además, ¿a estos mismos campeones no les hizo falta *escribir* las formulaciones óptimas que habrían obtenido mediante un trabajo puramente mental? ¿Por qué? Porque ellos (los más honestos de entre ellos, por lo menos) deseaban que los destinatarios de su mensaje pudieran apreciarlo con tiempo, escudriñarlo (quiero decir leerlo y releerlo muchas veces) con el fin de que la aprobación que le dieran fuera verdaderamente con conocimiento de causa (aprobación o desaprobación, por supuesto) y fuera conservado como una especie de *contrato*.

Pienso que también lo hicieron por una especie de recelo con respecto a su propia memoria, por haber intuído las intermitencias del corazón (y del espíritu, y del humor, y de los humores, y de la fisiología...). En suma, para conservar, poner a salvo la formulación que acababan de lograr. Además, aún, quizá, para conservarla en calidad de “modelo”, de “patrón” o de “utensilio”. Y no estamos lejos, en este punto, del concepto del aforismo, o del oráculo, o del proverbio, o de la ley. (Braque al referirse a las telas antiguas colocadas nuevamente frente a sus ojos durante su trabajo.)

Me dirán que todo eso antiguamente pudo conservarse y transmitirse —y podría seguir haciéndolo— por vía oral (por tradición oral). Sin duda, pero es necesario plantear lo que la actividad de escribir aporta además (y casi *espacialmente*) a la formulación.

10 de julio, 1970

Aquí un punto importante (aunque, en efecto, se haya planteado en la página anterior): la expresión puede ser considerada como una simple eyaculación: sin objetivo alguno —una especie de *perfección pasiva, pasiva* porque estamos *dirigidos* por un deseo de derroche puramente personal, puramente subjetivo, para el cual el fin específico no aparece, es inconsciente (o, mejor dicho, no estamos conscientes de él). Es la especie que ordena: “¡eyaculen!” aunque no sepamos nada y estemos absolutamente condicionados (engaño).

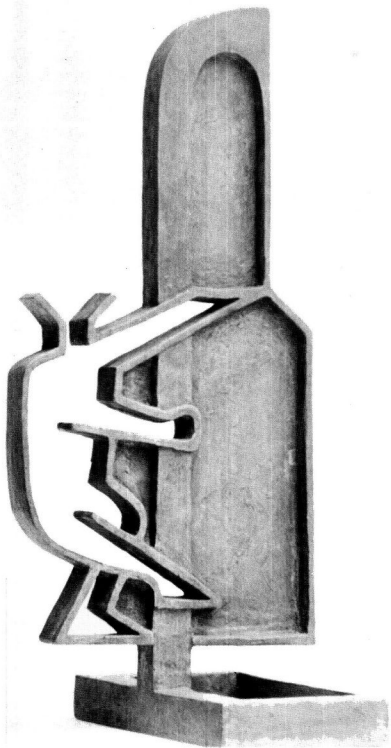
Un chorro inconsciente de semen, o una simple defecación, un simple vómito, etcétera.

Todo esto siendo perfectamente, o pudiendo ser perfectamente, solitario (cf. la masturbación), sin engendrar nada.

¹Se refiere a su fuente, en el original francés: Maximilien-Émile Littré, *Diccionario de la lengua francesa*, 1872. (n. del t.)

²El autor juega con el significado de algunas frases o locuciones coloquiales de su lengua que utilizan la palabra *chemin*, camino. Estas locuciones se indican en letra cursiva en la traducción, pero no siempre sus equivalentes en castellano pueden conservar este vocablo. (n. del t.)

³El castellano no conserva el hilo de derivaciones que Ponge propone para la palabra *subjectif* (subjetivo): *sub-* (debajo de), *-jectif*: *jet* (lanzamiento, tiro, chorro). (n. del t.)



Al alcance, bronze, 1992, 43 x 19 x 21.5 cm.